



EL AROMA
DE LA ESPERANZA

Manuel Fernando Estévez Goytre

EL AROMA
DE LA ESPERANZA



Primera edición: abril de 2021

© Comunicación y publicaciones Caudal, S. L.

© Manuel Fernando Estévez Goytre

© Ilustración portada: Adrián Cerezo Menárguez

ISBN: 978-84-18663-52-9

ISBN digital: 978-84-18663-53-6

Depósito legal: M-8864-2021

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A José Antonio, Gruten Tag,
que se interesó por esta novela
antes de que la escribiera*

APUNTES PRELIMINARES (CONTEXTO HISTÓRICO)

A final de noviembre de 1491, Boabdil, último soberano nazarí, conocido por los sobrenombres del *Chico*, *el Zogobí*, *el Desventurado* o *el Malbadado*, se vio obligado a firmar las capitulaciones ante Isabel de Castilla y Fernando de Aragón. Sin embargo, como mal menor inició una negociación que le permitió llegar a un acuerdo por el que entregaba Granada bajo unas condiciones óptimas para su pueblo. El documento estipulaba que los musulmanes tendrían derecho a conservar su fe sin temor a ser castigados o excluidos de la vida social del reino, pudiendo ser juzgados solamente por jueces de su religión, y siempre respetando las ordenanzas de su pueblo; el tributo que abonarían a los reyes cristianos nunca excedería del que venían pagando a los nazaríes; podrían conservar la totalidad de sus armas, a excepción de las que funcionaran con pólvora; los gobernantes los tratarían con el debido respeto, de no hacerlo serían sustituidos y castigados, y se les reconocería el derecho a educar a sus hijos en la lengua y las condiciones que ellos mismos eligieran; por último, no llevarían ninguna clase de distintivo ni sambenito, como se había hecho llevar a los judíos, ni se trataría como renegados a los cristianos convertidos al islam.

Pero las buenas intenciones de los Reyes Católicos no tardaron en cambiar de rumbo tras la toma de la ciudad y, si bien por métodos pacíficos y bajo un clima de cierta tolerancia, el primer arzobispo de Granada, Hernando de Talavera, inició una laboriosa campaña de conversión de mudéjares al cristianismo. Tal fue el empeño y las buenas maneras del religioso en la ejecución de su cometido que se le conoció por el apodo del *Santo Alfaquí*. No obstante, rozando el nuevo siglo, Isabel y

Fernando aparecieron por Granada y descubrieron el ambiente moro que flotaba por las cuatro esquinas de la ciudad. Fue entonces cuando tomaron la decisión de encargar al cardenal Cisneros la tarea de la conversión al cristianismo de todo musulmán de una forma más estricta y cruel que la iniciada por Hernando de Talavera. El cardenal centró su trabajo en la cristianización de los elches —cristianos conversos al islam—, presionando económicamente a los cabecillas musulmanes para conseguir una rápida conversión.

Cisneros logró de esta forma bautizar a miles de infieles y confiscar un montante de cinco mil libros religiosos que acabaron en una gigantesca hoguera en la plaza de Bibrambla y otros tantos manuales científicos que fueron enviados a la Universidad de Alcalá. Pero a pesar de todo intento, los musulmanes consiguieron conservar su lengua, sus tradiciones y su religión, aun poniendo en peligro su vida y la de sus familias. Se sintieron engañados y humillados por el cardenal y pidieron su destitución inmediata. Cisneros no reaccionó de otro modo que encerrando en las mazmorras a los mudéjares más influyentes de Granada.

Corrían los primeros días del año 1500 cuando un oficial del cardenal fue asesinado y musulmanes y conversos se levantaron contra la autoridad religiosa y militar en el Albayzín. La revuelta se extendió rápidamente por las Alpujarras y llegó a Almería, al este, y a Ronda, al oeste. Las consecuencias no se hicieron esperar e Isabel y Fernando tomaron las represalias que consideraron oportunas y pusieron el asunto en manos del conde de Tendilla. Pero a pesar de la represión y la brutalidad con que fueron tratados los mudéjares, Tendilla no obtuvo, en contra de lo que él mismo daba por hecho, el preceptivo permiso de los Reyes Católicos para pasar a cuchillo a todos los rebeldes.

Con el motivo del levantamiento de las Alpujarras, los cristianos aprovecharon para afirmar que los musulmanes quebrantaron el pacto alcanzado en 1491 y dictaron el edicto de 14 de febrero de 1502, que ordenaba la conversión o expulsión de todos los musulmanes del reino de Granada antes de abril del citado año, exceptuando a los varones de menos de catorce años y a las niñas menores de doce. Pero la realidad fue muy diferente. Quienes rompieron los compromisos alcanzados en la entrega de Granada fueron Isabel y Fernando, sobre todo de las cláusulas que

garantizaban la preservación de la lengua, religión y costumbres de los musulmanes granadinos. A los mudéjares no les quedó más remedio que resignarse y optar por bautizarse y adoptar un nombre cristiano. Desde entonces dejaron de llamarse *mudéjares* para pasar a conocerse por el nombre despectivo de *moriscos*.

Aunque años después los musulmanes apoyaron a Carlos V y se les permitió conservar sus tradiciones y mantener una comunidad propia, el siguiente soberano, Felipe II, a causa de la guerra con los turcos —y por consiguiente por los nuevos lazos de amistad de los berberiscos norteafricanos con los moriscos españoles—, ordenó de nuevo la conversión de todos ellos.

En 1566, aconsejado por Diego de Espinosa, el rey prohibió, a través de un edicto que se dio en llamar *la Pragmática*, las ropas y las costumbres moriscas, la lengua y los dialectos árabes. Fue Pedro de Deza, presidente de la Audiencia de Granada, quien, al año siguiente, proclamaría el decreto y tomaría la decisión de hacerlo cumplir a toda costa. Aun así, Jorge de Baeza y Francisco Núñez Muley, cabezas visibles de los moriscos, trataron de llegar a un acuerdo con el rey y después de un largo año de negociaciones infructuosas decidieron levantarse en armas en 1568.

PRIMERA PARTE
LA REBELIÓN

Por aquellos días, Salman tuvo que admitir que entre Zuliram y él se interponía otro hombre. Para bien o para mal, la suerte estaba echada. Hacía tiempo que Domingo había prometido a su hija a un joven de familia acaudalada que, como la suya, era propietaria de más de una decena de tiendas y talleres textiles en Granada y otros lugares del sudeste español, y por nada del mundo permitiría que un moro pestilente y cabrón «y para colmo de males, de la Alpujarra», como ya le había escupido otras veces a traición, le hiciera la corte en su propia casa, el palacio de Rojas Cobos, por mucha amistad que hubiese mantenido con su primogénito.

Corrían los últimos días del año 1568, el reinado del segundo de los Felipes avanzaba imparable y el comerciante de sedas de la Alcaicería, como casi todos los conversos, estaba en el punto de mira de los cristianos viejos, a pesar de poseer una de las mayores fortunas y contar con el apoyo de una parte importante de los próceres de Granada.

El trayecto desde Órgiva había sido agotador para la mula. El agua y el barro frenaban cualquier intento de avance del animal. La Colorá, entre rebuznos, coces y miradas de obstinación y resentimiento, se negó a continuar el camino en la última etapa del viaje. Salman, armado de la escasa paciencia que había conseguido reunir después de dos jornadas de viaje, se resignó y se vio obligado a hacer noche extramuros de la ciudad, a la intemperie, precisamente lo que había tratado de evitar desde su partida de la comarca que lo había visto nacer. Pese al arrojito que le otorgaban sus veinte años de vida y su corpulencia, no debía subestimar la capacidad de sorpresa con que actuaban los proscritos y los salteadores de caminos que atemorizaban a las gentes de la vega granadina. No podía permitir que el género que transportaba cayera en manos ajenas.

Fue de buena mañana cuando despidió a sus dos acompañantes en una alquería cercana para que se incorporaran a la partida de doscientos monfíes que se proponía recuperar el antiguo reino nazarí. Entró por fin en Granada, por el viejo sendero de cañas y juncos que trazaba el Genil en su confluencia

con el Darro. La claridad del cielo, un lienzo naciente que oscilaba entre el azul y el violeta, asomaba con timidez por los cercanos picos de Sulayr.¹ Su padre, viejo y achacoso, lo había apartado en Órgiva de sus escritos y sus lecturas para enviarlo a la ciudad solo, como cada día 22 desde hacía unos meses. Tenía que hacer una entrega de seda en la tienda principal de Domingo, una de las doscientas que salpicaban las angostas calles de la Alcaicería, y otra en el monasterio de Santa María de la Concepción.² Después de entregar la mercancía, pensó, ocuparía su tiempo en visitar a la hija del comerciante. A buen seguro Zuliram lo esperaría tras el postigo de una de las ventanas del ala este del palacio, el hogar que su padre había procurado a su familia por medios muy poco ortodoxos en la extensión que la ciudad le estaba ganando a la vega en su parte occidental. Pero aquel día el joven orgiveño, para su sorpresa y sobre todo para su decepción, tuvo que cerrar el trato con el lugarteniente del mercader.

—¿Dónde está Domingo? —quiso saber.

—En casa, jovencito, hoy se encuentra en casa —respondió el empleado, un tipo enteco y de poca estatura que exhibía una desordenada pelambreira en la parte inferior de la cara que llegaba a rasgar la parte superior de su pechera.

Salman continuó el interrogatorio mientras se atusaba la barba y los rizos que le caían por la piel morena de sus hombros y examinaba al fámulo con una mirada recia y profunda.

—¿Está indispueto o acaso lo ocupan otros menesteres?

El hombrecillo negó con la cabeza a la última pregunta y respondió a la primera.

—Tú lo has dicho, ha enviado a un criado diciendo que la noche ha sido muy larga y ha preferido quedarse descansando.

—¿Otra vez esos malditos dolores de tripa?

—Otra vez —respondió sin más—. Pero si quieres que te dé un consejo, no intentes presentarte en el palacio. Sabes muy bien que Domingo te prohibió la entrada hace tiempo.

Pero Salman era Salman y sus sentimientos, sus sentimientos. Dejó el cargamento de seda en un rincón de la tienda y, después de recibir el dinero pactado por las sucesivas entregas efectuadas durante el último año y despedirse del empleado, subió al carro y arreó a la mula, que dejó poco después a cincuenta pasos del palacio de Rojas Cobos —un caserón que le traía difusos recuerdos de su niñez— al cuidado de un par de chiquillos a los que recompensó con una moneda de media blanca.

1 Sulayr (Montaña del Sol): nombre con el que los árabes conocían a Sierra Nevada.

2 Conocido en la actualidad como monasterio de San Jerónimo.

Tras un rato de eterna espera, comprobó que las palabras del lugarteniente del mercader eran ciertas. La puerta de la casa se abrió, entre lamento y lamento de las bisagras. De la oscuridad de su interior apareció un joven ataviado con un sobretodo carmesí que pretendía esconder un jubón negro con lechuguillas en el cuello, camisa blanca, también con lechuguillas en los puños, calzas marrones acuchilladas, medias y zapatos de tacón y, al cinto, una espada dorada. Percibió una voz bronca y nasal vibrando en el aire.

—Hasta pronto, Azucena, tengo que atender los negocios familiares en Santa Fe. Pero no sufras ni desesperes, mi amor, mañana estaré de vuelta.

Mientras trataba de asimilar las palabras del apuesto militar, Salman escuchó el golpe de la puerta al cerrarse y el claqueteo de los pasos lentos y pesados del joven languideciendo calle abajo. «Azucena», qué extraño le parecía el nombre. Para él siempre había sido Zuliram, su Zuliram, la joven que había conocido desde niña en los viajes que cada mes hacía con su padre a Granada. «Azucena». ¡No!, nunca la llamaría por su nombre cristiano, aunque Domingo, a quien había conocido en su infancia como Alí Abén Ahmed, hubiera renegado de su identidad, de sus rezos y de las tradiciones mamadas desde la infancia. Pero él... él era cristiano solo ante los demás. Seguía practicando, seguía rezando, aunque de una forma clandestina, seguía vistiendo como lo que en realidad era: musulmán, y nunca, ¡nunca!, se había avergonzado de su verdadero nombre, a pesar de que otros se empeñaran en llamarlo Leandro. Su madre se lo había puesto con orgullo y lo seguiría manteniendo hasta el final de sus días. «¡Cristiano, sí, cristiano —se decía a sí mismo—, pero sin olvidar mis raíces!»». Había escuchado rumores sobre el compromiso de la chica, pero nunca se había dado de bruces con la realidad, nunca se había topado con su prometido. Ahora tendría que nadar a contracorriente si quería mantener la relación con la muchacha de sus sueños. Entre pensamientos fugaces de nombres, vestimentas y diferencias culturales, se dio cuenta de que había pasado un mes entero con un solo objetivo: visitar a Zuliram...

...Y tendría que regresar a la Alpujarra sin haberlo cumplido.

Enojado por la imposibilidad de visitar a Zuliram, Salman subió al pescante del carro y fustigó dos o tres veces a la Colorá para que lo llevara a la Almorava, el solar que rodeaba el monasterio de Santa María de la Concepción, propiedad de la orden de los jerónimos. Al llegar no pudo evitar deslizar la mirada por la fachada, como lo hacía siempre que visitaba el lugar. Admiraba tanto a los arquitectos clásicos como a los modernos, las construcciones civiles y religiosas, las fortalezas militares árabes o cristianas, las sinagogas judías y los templos orientales; se quedaba tardes y noches estudiando los tratados de Leonardo da Vinci y de Bramante, pero sobre todo disfrutaba de la obra de Diego de Siloé, aquel maestro desaparecido no hacía mucho tiempo que mezcló influencias góticas y árabes y construyó un buen puñado de edificios.

Escuchó un golpe y un grito sordo. Su mirada se deslizó campo a través, traspasó árboles, setos y un pequeño muro de piedra vieja y musgosa, y se clavó en el cuerpo orondo de un sacerdote que yacía sobre un pequeño charco rojizo.

A su lado, un hombre obeso, de baja estatura y moreno que se aproximaba a la cincuentena blandía una espada en la mano. Pero aquel tipo... lo había visto en alguna ocasión, estaba seguro, y sin embargo, ¿quién podría ser?, se preguntó una y otra vez en un instante en que el impacto recibido le impedía pensar con claridad. Confundió la potente respiración del campo con la suya propia y reprimió un suspiro. El corazón le galopaba en el pecho y la ansiedad le impedía permanecer quieto. Escuchó el rebuzno de la mula y cuando vio que el hombre de la espada se acercaba al carro, se dejó rodar cuesta abajo, donde tras más de diez pasos de caída se refugió entre unos matorrales.

El tipo de baja estatura examinó el terreno y después de asegurarse de que se encontraba solo se dirigió al sacerdote muerto. Giró su cuerpo a un lado para poder abrir el morral que acompañaba al fiambre y sacar un pequeño pergamino de su interior. Lo encontró liado y atado con un cordel. Sus ojos se iluminaron cuando lo abrió y lo repasó a vista de pájaro. Hizo una mueca triunfal y lo volvió a enrollar.

Salman, que no acababa de dar crédito a la escena que se desarrollaba ante sus ojos, presenció cómo el hombre moreno ignoraba el segundo de los documentos que había en el morral. El tipo de la espada desvistió con prisa al sacerdote y, con las manos temblorosas, lavó la parte manchada de sangre en un caño que manaba de una pequeña fuente situada entre la arboleda y se cambió de ropa. Cavó un agujero y enterró el cadáver. En el interior del convento acababa de sonar la campana que señalaba la hora tercia y los monjes oraban en un susurro tónico que a Salman le causó cierta impresión.

El tipo se aseó, se atusó pelo y barba y dio un fuerte aldabonazo en la madera reseca del portón. Que llegaba para sustituir al padre Matías, dijo cuando asomó un monjecillo viejo y asustadizo, y le entregó el pergamino que había cogido del morral que portaba su víctima.

—Oh, el padre Antonio —respondió el cura—, el nuevo ecónomo. Os esperábamos. Aguardad un instante, avisaré al padre Cristino.

¿El nuevo ecónomo? Aquel hombre acababa de quitarle la vida a un sacerdote que, no hacía falta tener mucha imaginación, era el verdadero ecónomo. ¿Cómo era posible? Sin duda pretendía introducirse de incógnito en el monasterio. Salman recordó que era morisco, lo había visto varias veces encabezar pequeños motines en los pueblos de la Alpujarra. Pero, ¿qué ocurriría ahora? La perplejidad bañó su rostro y el temor a que lo escucharan le dibujó un mapa de arrugas y muecas que desfiguró su expresión. Esperó un tiempo prudencial y cuando se aseguró de que su pulso estaba firme, sacó fuerza de flaqueza, se acercó al portón y golpeó la puerta con el llamador.

—Leandro... oh, Leandro —escuchó la voz del mismo monje que había recibido al falso ecónomo—. Eres tú.

—Sí, soy yo, padre —se sorprendió—. Pero, ¿de qué os extrañáis? Ya sabéis... hoy es día 22.

—Ya, ya, pero no es eso, es que nos hacía tanta falta la seda...

—Se os ha agotado, debo entender...

—Así es. Por desgracia, hijo, se ha agotado. Pero, pasa, por favor, no te quedes ahí fuera, hace frío y estarás muy cansado.

Salman cogió los dos fardos de seda que había de entregar a los religiosos y se internó en el vestíbulo, una estancia de generosa superficie en la que el eco redoblaba cada paso que daba. No había mobiliario a la vista, el techo era alto y los muros muy gruesos, pero la temperatura... «¿Cómo es posible? —se dijo—. A pesar del ofrecimiento del cura, hace más frío que fuera». El monjecillo hizo

en aquella ocasión gala de una generosidad que habitualmente reservaba para los visitantes más selectos y le preguntó si deseaba una copa de vino.³

—De nuestra propia cosecha —añadió—. Pero, ¿no irás a decirme que no te apetece? —ironizó, al ver una chispa de duda en el rostro del muchacho—. ¿O acaso es la vara del islam la que te impide catarlo?

—Oh... claro, claro, por supuesto que acepto —respondió con cierto recelo—. Sé de sobra que hacéis maravillas con las uvas.

Salman arrastró los fardos de seda por galerías y patios. El monje abrió una puerta y entraron en la sala capitular, un espacio repleto de bancos en sus laterales donde el joven morisco agradeció el calor procedente de la chimenea.

—Una temperatura más agradable que la del vestíbulo, ¿verdad? —dijo el monje.

La mirada de Salman chocó con la del hombre de la espada mientras afirmaba con la cabeza. A pesar de que fuera un impostor, no tenía intención de descubrirlo. El padre Antonio lo taladró con unos ojos insistentes y Salman giró la cabeza un instante después.

—¿Eres tú el dueño del carro y la mula? —espetó, mientras examinaba su cuerpo de arriba a abajo. Parecía querer reconocer en Salman a algún amigo o familiar lejano.

El monje llenó dos vasos de una jarra de barro que cogió de la cómoda y ofreció uno al ecónomo y otro a Salman.

—¿El del exterior, queréis decir? —el joven quiso ganar tiempo.

—Por supuesto, la de fuera. ¿Qué otro podría ser?

—Sí, claro, es mío.

—Y... ¿estabas fuera? —lo presionó.

El muchacho no tuvo más remedio que reflexionar un instante y emplear la astucia por la que siempre había destacado.

—Bueno, he almorzado en la venta de Ezequiel. Acabo de terminar —y se esforzó por soltar un pequeño eructo.

—Pero, ¿de dónde vienes? —quiso saber el padre Antonio—. Por tu aspecto y tu cara parece que has hecho un largo viaje. Verás, el monasterio se ha quedado huérfano. Por desgracia, el prior murió hace unas semanas y me envían para sustituirlo mientras se elige un sucesor, y como podrás comprender tengo especial interés en conocer a las personas que frecuentan el edificio.

—Vengo de la Alpujarra, padre...

—¿De la Alpujarra? —lo interrumpió, frunciendo un ceño que acabó uniéndole sus dos cejas en una sola.

3 Aunque el islam condena la ingesta de bebidas alcohólicas, gran parte de las familias moriscas relajaban la prohibición y bebían de cuando en cuando, algunos a diario.

—... de Órgiva concretamente.

El ecónomo llenó sus pulmones y soltó todo el aire en un suspiro. Pareció encontrar la voz del demonio en las palabras de Salman.

—De Órgiva, claro, de Órgiva, preciosa tierra —el padre Antonio quiso dejar constancia de que conocía la Alpujarra, pero se cuidó mucho de que el monje que los acompañaba no escuchara sus palabras. Mientras el religioso abandonaba la estancia, ofreció al joven una mueca de afecto y brindó con él—. ¿Y qué te trae desde tierras orgiveñas?

—La seda, padre, la seda. Si sois el ecónomo del monasterio, a partir de ahora tendréis que negociar los encargos conmigo o con el propietario del taller que me da ocupación.

—Por supuesto, jovencito, pero... seda, seda... —se quedó pensativo, como si quisiera ocultar algo—. ¿El taller de Esteban Casares?

Salman afirmó con un gesto.

—Así es —añadió un instante después—, el de mi padre, el mejor y más grande de la zona.

—Y el que más género vende.

El ecónomo blandió una sonrisa que infundió la sospecha de Salman. Parecía que aquel hombre sabía con quién estaba tratando. El joven morisco notó un atisbo de afecto en el brillo de su mirada. Pero aquella conversación no se pudo extender más. Se abrió una de las tres puertas de la sala y entró un monje que exhibía un mostacho que descendía por sus comisuras hasta acabar adueñándose de su mentón.

—Padre —se dirigió al ecónomo.

—Decidme —y abrió unos enormes ojos.

—El padre Cristino os espera.

—¡El padre Cristino, oh, el padre Cristino! Tantas veces me han hablado de él —mintió, mientras abandonaba la estancia acompañado del monje que acababa de entrar.

El padre Cristino había acumulado los cargos de despensero y bibliotecario en sus más de cincuenta años de dedicación a la vida religiosa. Por aquellos días, además de ser el más anciano, era el sacerdote más respetado de la veintena que formaba parte del monasterio de Santa María de la Concepción. El monje del bigote se retiró con los dos fardos, no sin antes dirigirse al joven morisco:

—Puedes beberte toda la jarra, si así lo deseas, y descansar un rato. Yo tengo obligaciones que cumplir —y salió de la sala.

Salman llenó su vaso y dejó la jarra sobre la cómoda. Tras ella observó un pergamino atado con un fino cordel. Recordó la escena en el exterior del mo-

nasterio. El cadáver. El morral. Examinó la habitación a uno y otro lado. Oyó la voz de un hombre, pero venía de lejos. Su corazón se sublevó en su pecho. «El pergamino —se dijo—, ¿qué contendrá?». Aunque el cordel y los nervios le impidieron abrirlo, miró en su interior, a través del hueco que quedaba al enrollarlo. Apenas pudo leer parte de las dos últimas líneas: «... concede al padre Antonio Solís Talavera autorización expresa para desplazarse a Granada y tomar posesión como ecónomo...».

La puerta se abrió de nuevo y el pergamino cayó al suelo.

—Oh... —el color desapareció del semblante de Salman.

—Pero... ¿qué...? —el monje se quedó en blanco.

—El pergamino —acertó a decir el joven morisco—, el pergamino, se ha caído al llenar el vaso y...

—El pergamino —exclamó el monje, mientras se agachaba y se hacía con el documento—. No te preocupes, se trata del nombramiento del padre Antonio, que como ya sabrás ha llegado esta misma mañana. Ah... se me olvidaba, cierra la puerta al salir, hay jaurías de perros salvajes que andan siempre buscando comida. Son muy agresivos y si se cuelan no hay quien los saque de aquí.

—Descuidad, padre, lo haré.

Salman vació el vaso de un trago y abandonó el monasterio.